



Sobre nuevas formas de guerra (a propósito del segundo aniversario de Estado Islámico)

Mariano César Bartolomé¹

A principios del corriente año, en una entrevista periodística, el renombrado politólogo italiano Giovanni Sartori se refirió al impacto en suelo europeo del extremismo fundamentalista islámico sentenciando que el Viejo Continente se hallaba inmerso en una guerra de nuevo tipo. En sus propias palabras: “vivimos una guerra terrorista, global, tecnológica y religiosa”¹. Más allá de la coincidencia, o no, con apreciaciones tan alarmantes, lo que se evidencia es un empleo no convencional del concepto *guerra*, alejado de sus lecturas tradicionales.

Precisamente, la lectura tradicional es la que se desprende de los planteos de Clausewitz, de donde se deriva que la guerra es un fenómeno político básica y esencialmente interestatal, librado a través del instrumento militar nacional, formado por ciudadanos. En consonancia con esa perspectiva, que suele ser conocida como “Trinidad Clausewitziana” debido a sus tres elementos basales, una definición clásica de guerra es aquella elaborada por Yoram Dinstein que la entiende como “interacción hostil entre dos o más Estados, sea en un sentido técnico o material”; aquí, el sentido técnico alude al estatus formal producido por una declaración de guerra, mientras el sentido material alude al uso de las Fuerzas Armadas, al menos por una de las partes. Más contundente e inequívoca es la definición de Luigi Ferrajoli: “enfrentamiento armado y simétrico entre Estados llevado a cabo por ejércitos regulares”. En todo caso, un rápido repaso a la situación del tablero global nos confirma que ese tipo de enfrentamiento ha sido sustituido por otras formas predominantes de conflicto armado, signadas por la no-estatalidad de al menos uno de sus protagonistas y formas asimétricas de empleo de la violencia.

Esas formas prevalecientes de conflicto merecen diferentes denominaciones, conformando un panorama extremadamente heterogéneo, aunque algunos criterios de sistematización pueden identificarse. Por caso, algunos expertos no encuentran mayores inconvenientes en denominar guerras a esos eventos, entendiendo que el criterio que define a una situación de ese tipo, es la intensidad de la violencia que conlleva, pudiendo ésta medirse en términos cuantitativos. Un ejemplo en este punto lo aporta la Universidad de Uppsala, quien discrimina entre conflictos armados menores, cuando en todo su transcurso se generan menos de mil decesos;

¹ GÓMEZ FUENTES, Ángel. Giovanni Sartori: vivimos una guerra terrorista, global, tecnológica y religiosa. ABC, Madrid, 1 de enero, 2016





conflictos armados medios, cuando el total de víctimas fatales producidas durante todo su desarrollo supera el millar, aunque no se alcanza esa cifra en ninguno de los años comprendidos; y guerras, cuando los muertos exceden el millar en cada uno de los años que componen su lapso de duración. Un modelo más complejo que el de la institución sueca es el que propone la Universidad de Heidelberg, quien clasifica a los enfrentamientos armados en disputas violentas, guerras limitadas y guerras propiamente dichas, a partir de la sumatoria de diversos indicadores cuantificables: personal involucrado por las partes intervinientes, víctimas fatales, desplazados internos y refugiados, entre otros.

Otras perspectivas, aunque coinciden en que una guerra se determina por criterios cualitativos antes que cuantitativos, simplemente entienden que sus contenidos pueden variar con el paso del tiempo; de esta manera, un fenómeno que en otras épocas no hubiera sido definible como guerra hoy sí puede serlo. Puede decirse que esto implica la aplicación de criterios constructivistas al campo de la Seguridad Internacional. Un ilustrativo ejemplo es el conocido concepto de Nuevas Guerras acuñado en los albores de la post Guerra Fría por la británica Mary Kaldor, y empleado hasta el presente por muchos otros autores. Del conjunto de aportes realizados por todos esos académicos, queda claro que estos eventos no sólo exhiben formas asimétricas de empleo de la violencia y protagonistas subestatales –características ambas que ya habían sido mencionadas-, sino también importantísimos déficits de gobernabilidad, vínculos sinérgicos con la criminalidad organizada y clivajes de tipo cultural antes que ideológico. Múnkler, por su parte, destaca de las Nuevas Guerras su carácter difuso, que dificulta una clara discriminación entre guerra y paz; amigo y enemigo; combatiente y no combatiente; y finalmente, violencia permitida y no permitida. También debería agregarse a este breve listado de cualidades distintivas el carácter absoluto que adquiere esta contienda al menos para uno de los contendientes (el actor subestatal), lo que neutraliza un inhibidor clave del proceso de escalada conocido en la lógica clausewitziana como “ascensión a los extremos”.

En este contexto tan dinámico, y de contornos tan difusos, diversos hechos acontecidos en el tablero global en estos últimos años vuelven a poner sobre el tapete la fisonomía de la guerra. De la mano de las acciones de Rusia en Crimea y regiones orientales de Ucrania, y de China en su cercano exterior, se sostiene que emergen nuevas formas de guerra fuertemente influenciadas por la globalización tecnológica. Estas guerras pueden expresarse en diferentes planos, por lo general simultáneamente: el psicológico, el de los medios de comunicación, el económico, el legal y el cibernético, entre otros, además del referido a la violencia física.

Sin embargo, los dos primeros planos mencionados, el psicológico y el mediático, sobresalen del conjunto. En el





caso de Ucrania, el Ejecutivo ruso empleó esas herramientas de manera intensiva y con alto grado de efectividad, desacreditando a su oponente y mellando su imagen internacional, al tiempo que fragmentaba su cuerpo social explotando sus clivajes étnicos. Estas iniciativas se complementaban con acciones bélicas llevadas adelante por unidades propias de operaciones especiales, o milicias locales dirigidas por Moscú. También en Siria los rusos apelaron a las operaciones psicológicas sustentadas en el uso intensivo de los medios de comunicación, instalando en la opinión pública internacional la imagen de Vladimir Putin como el único líder verdaderamente resuelto a combatir abierta y frontalmente a Estado Islámico, en contraste con una administración Obama titubeante e irresoluta. En el terreno, en tanto, los ataques soviéticos no se habrían concentrado tanto en Estado Islámico como en otros grupos opuestos al régimen de Assad, muchos de ellos financiados por naciones occidentales.

El caso chino es aún más notable que el ruso, desde el momento que plantea una guerra que hasta el momento ha excluido el empleo de la violencia directa. El gigante oriental ha echado mano a herramientas legales (el llamado “lawfare”), psicológicas y mediáticas para librar una “guerra no declarada” con muchos de sus vecinos e incluso Estados Unidos, por la supremacía en sus espacios marítimos cercanos. Hablamos aquí del Mar del Sur de China, un enorme reservorio de recursos naturales energéticos y paso obligado de innumerables líneas marítimas de comunicación, verdaderas carreteras de la economía globalizada. En el marco de esta guerra no declarada, que parece combinar los imperativos geopolíticos del siglo XXI con las enseñanzas de Sun Tzu, Pekín ha construido islas artificiales, reclamando soberanía en sus aguas adyacentes y amenazando con sanciones económicas a los países vecinos que no acepten la nueva situación. Al mismo tiempo, sobre esas islas *sui generis* y otros puntos costeros e insulares, incrementa su presencia militar en la zona, autoasignándose el papel de estabilizador de la misma, disputándole a EEUU ese rol, en lo que se conoce como “estrategias anti-acceso y de denegación de área” (A2/AD).

Pero el ejemplo más contundente de esta nueva especie de guerra donde el plano psicológico y el empleo de medios de comunicación eclipsan a las acciones bélicas, es el ya mencionado Estado Islámico, que en pocas semanas cumplirá su segundo aniversario, pues fue el 29 de junio de 2014 cuando fue oficialmente anunciada su existencia por Abu Bakr al-Baghdadi, su líder y autoproclamado califa. Cabe recordar, en este punto, que la idea del califato remite a la sociedad árabe que Mahoma edificó en el siglo VII, y se expandió durante épocas posteriores, llegando hasta el siglo XIX, cuando el título de Califa es empleado por última vez por Abdulmecid-I, entre 1823 y 1861. Con la disolución del Imperio Otomano y la constitución de la Turquía moderna en 1924, por





obra de Atartuk, esa denominación fue extinguida.

Por un lado, en lo que a empleo de la violencia se refiere, rotular a esta organización como mero grupo terrorista no sólo es subestimarla, sino también no entenderla. Pues junto a las células capaces de realizar cruentos atentados como los registrados en París los días 7 de enero y 13 de noviembre de 2015, en Bruselas el 22 de marzo de 2016 y contra Rusia el 17 de noviembre de 2015², coexiste una importante y compleja maquinaria militar que incluye unidades de infantería motorizada y mecanizada, caballería y artillería pesada, además de grupos de operaciones especiales y francotiradores. En un listado que de manera alguna pretende ser exhaustivo, el arsenal incluye lanzagranadas RPG; cañones remolcados Howitzer de 105 y 155mm; afustes antiaéreos ZU-23 de fabricación rusa; misiles portátiles de origen estadounidense y ruso, tanto antitanque Tow y Kornet, como antiaéreos Iglá y Stinger; blindados de combate T-54 y T-55; vehículos Humvee y morteros de 120mm. De acuerdo a algunas fuentes, Estado Islámico dispondría incluso de algunos aviones y helicópteros.

Toda este material es operado por tropas regulares que suelen ser estimadas en 35 mil a 40 efectivos (aunque algunas lecturas incrementan esa cifra hasta 200 mil), de los cuales cerca del 90% serían iraquíes y sirios, en su gran mayoría ex miembros de las Fuerzas Armadas de esos países. En el caso de los iraquíes, todos ellos con experiencia de combate contra EEUU tras la invasión del año 2003, aunque algunos también combatieron en la Guerra del Golfo de 1991. El remanente serían combatientes extranjeros, de unas 90 nacionalidades distintas, incluyendo naciones árabes y ex repúblicas soviéticas, ávidos de librar su propia *jihad*.

Como se ve, en la forma de empleo de la violencia que plantea Estado Islámico coexisten y se complementan sinérgicamente actos terroristas, actividades insurgentes y operaciones bélicas en el sentido clásico. O dicho de otro modo, asimetría y simetría. En este caso el concepto Nueva Guerra se torna insuficiente, y consecuentemente inaplicable, pareciendo más atinada la idea de “conflicto híbrido” surgida al calor de la llamada Segunda Guerra del Líbano (Operación Recompensa Justa) acontecida a mediados del año 2006 y protagonizada por Israel y la organización chiíta libanesa Hezbollah. Hay que recordar aquí que la hibridación del conflicto puede registrarse tanto sobre la dicotomía entre conflictos inter e intraestatales, como sobre la forma del empleo de la violencia.

Por otro lado y complementariamente, Estado Islámico ha construido y utiliza de manera intensiva una enorme maquinaria de propaganda que consolida su imagen de “history-maker”, es decir, de actor que ha irrumpido en la

² Atentado con explosivos contra un avión de transporte de pasajeros ruso Airbus A-321, de la aerolínea Metrojet de ese país, en vuelo desde Egipto a Rusia.



realidad para reorientar por la senda correcta el curso de la historia. Ese aparato de propaganda, basado en Internet y las redes sociales, con énfasis en Twitter y Youtube, rompe con el bajo perfil que en este sentido exhibía Al Qaeda y de hecho no registra parangón en otras organizaciones terroristas o insurgentes. Es tan importante este aparato que Abdel Bari Atwan, redactor jefe de Al-Quds Al-Arabi, periódico árabe con base en Londres, ha calificado a Estado Islámico de “califato digital”, título que ostenta su último libro³.

Por intermedio de ese aparato se le ofrece a la feligresía musulmana la posibilidad de participar de la construcción de una comunidad unificada, sustentada en sólidas pautas morales y valores religiosos, tal cual lo hizo Mahoma en el siglo VII tras recibir el mensaje divino. De ese llamado no están excluidas las minorías musulmanas en países europeos, muchas veces víctimas de la exclusión social, económica y cultural. El mensaje que transmite Estado Islámico enfatiza que la entidad posee la capacidad real de gestionar y gobernar, proveyendo a la población de diversos servicios sociales –muchas veces gratuitos- que tal vez nunca recibió de los ineficientes y/o corruptos gobiernos anteriores, hayan sido éstos de base religiosa o laicos. Esa capacidad se sostiene en cuantiosos y diversificados ingresos, que incluyen el contrabando de petróleo, la compraventa de armas, los secuestros extorsivos, el contrabando de obras de arte, el cobro de impuestos internos (más altos para quienes no son musulmanes sunníes) y aduanas para mercaderías en tránsito, y las donaciones tanto locales como exógenas. Hacia comienzos del año 2015, se estimaba que ingresaban a las arcas de la organización entre uno y tres millones de dólares diarios, solamente por los hidrocarburos⁴.

Pero al mismo tiempo, a través de su maquinaria de propaganda la entidad también insta a los fieles a no vacilar en tomar las armas para concretar el citado proyecto de comunidad unificada, pues, como ha indicado un periodista español: “muertas las esperanzas de lograr un mundo diferente, quebrados los sueños libertarios, anegada la justicia por la vía democrática, y con la integración como quimera, el único valor que queda es la rebeldía del fusil”. A ese llamado han respondido personas individuales en diversas partes del globo, que migraron hacia los territorios controlados por Estado Islámico para combatir bajo su bandera, o permanecieron en sus lugares habituales de residencia, transformados en potenciales “lobos solitarios”; pero también han acusado recibo de ese llamado diversos grupos preexistentes, que se subordinan a la autoridad de al-Baghdadi tornándose

³ BARI ATWAN Abdel: Islamic State: the Digital Caliphate. University of California Press, Oakland 2015

⁴ A comienzos del año 2015 se calculaba que Estado Islámico contrabandeaba hacia el exterior unos 70 mil barriles de crudo diarios, con un precio promedio de US\$ 26 por barril de petróleo pesado y US\$ 60 por barril de petróleo. Tomando en cuenta las comisiones de los intermediarios en estas operaciones ilegales, se llega al cálculo de US\$ 1 millón a US\$ 3 millones diarios, lo que totaliza entre US\$ 365 millones y US\$ 995 millones anuales.



en una suerte de franquicia de su organización. Por otro lado, un espacio nada desdeñable dentro de esta estrategia lo ocupa la difusión de los terribles castigos a que son sometidos enemigos, delatores y desertores, atrocidades que lejos de minar el respaldo a Estado Islámico parecen reforzarlo. La causa, en la visión de una especialista, postula que en el contexto de vorágine informativa en la cual nos encontramos inmersos, la “propaganda del miedo” capta la atención de la audiencia global de manera mucho más efectiva que los sermones religiosos.

En síntesis, retomando el planteo según el cual el fenómeno de la guerra puede determinarse a partir de criterios cualitativos antes que cuantitativos, y entendiendo que su formato no debe ajustarse necesariamente al modelo trinitario clausewitziano, tal vez no sea exagerado sugerir que Estado Islámico propone un nuevo tipo de guerra, a menos de dos años de su constitución. Un tipo de guerra híbrida, en el cual el actor no estatal trasciende las formas asimétricas de empleo de la violencia, para operar también de acuerdo a formatos simétricos; y donde ese mismo actor le otorga un lugar central a las actividades de propaganda, beneficiadas por el empleo intensivo de tecnología y desarrolladas a través de Internet y las redes sociales, otorgándole al plano psicológico una importancia crucial.

